¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

TERESA HAMEL

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción Nº 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento S. A. — Arturo Prat 1428 — Santiago de Chile, 1982

Nº 4014

¿Quién soy?

TERESA HAMEL

En 1912, mi padre Gastón Hamel D'Acunha de Souza, hijo de franceses, contrajo matrimonio con Luisa Nieto de la Vega, semiespañola, (fue un enlace de amor). Después de la ceremonia nupcial pasearon en coche por Reñaca.

Los arrebatos y decisiones en mi familia suceden vertiginosos. Ver mi madre la hermosura del paraje la llevó de inmediato a desearlo, poseerlo, (aprisionarlo), retenerlo y siguió el más fácil de todos los caminos: se dirigió a su tío don Ramón Nieto Otero, para que se hiciera realidad el capricho. Las acciones de la Sociedad Balneario Montemar las compraron y por supuesto embarcó a mi padre. En mil novecientos veinte veraneamos en Reñaca en un cottage que aún existe.

En esa región poética nací un Sábado de Gloria, con lluvia de challa y baldes de agua.

Mi padre, dinámico y trabajador, se levantaba siempre a las cinco de la mañana. Era un hombre de múltiples facetas. Comenzó por pavimentar las calles de Viña del Mar, luego montó una fábrica de subproductos del carbón que llegó a ser la Soquina. Se desempeñó en la Alcaldía de Viña del Mar en varios períodos hasta sacar la Ley de Juego para el Casino y siendo químico industrial, fue el primero en destilar petróleo, éxito que persiguieron las compañías extranjeras, las que compraron la destilería, la cerraron y al poco tiempo la volaron con dinamita.

Mi madre, una mujer enérgica, alegre pero enfermiza, dedicó toda su vida al Sanatorio Marítimo, a la Gota de Leche y al jardín.

Mi sexo provocó decepción en ambos, pues deseaban un varón. A pesar de su voluminoso busto, mi madre carecía de leche y me entregaron a un ama de cría.

En las serranías del Norte Chico nació Teresa Azócar, quedando en la orfandad, pues al nacer murió su madre. Cuando ella lloraba, una cabra acudía, empujaba la puerta y de inmediato

cesaban sus alaridos, chupando directamente de las tetas de la cabra. ¡Quién sabe si debido a ese estupendo socorro me desarrollé robusta, pues me amamantaba a destajo!

Tuve dos hermanos mayores: Gastón, con aspecto gitano, ingenioso y encantador; Carmen, frágil, fina, de ojos claros y manso mirar, constante amiga del pincel y de su hermana. Ella conocía mi comarca, el lugar de los pasadizos de cipreses, las casitas de tules, los festines de pétalos. ¡Qué de construir casas con las chilcas del estero! ¡Qué de pangues, helechos y guarisapos! Comíamos duraznos silvestres y nos revolcábamos por el pasto. Lagrimeaba la acacia, el "Black" nos ladraba, yo me montaba en él, le tiraba las orejas, mi mama nos llamaba y nosotras, a escondidas entre las hortensias, comíamos cerezas.

Durante el Mes de María nos mecíamos en las hamacas mientras mi mama rezaba. Importante fue el calor de su regazo moreno, comerse las uñas, el brasero y la hallulla, el manjar blanco, el dulce de membrillo y el culén. Los dátiles en la palmera rebotaban mientras partíamos a la Quebrada de la Burra, entre un zumbar de abejas y moscas, hacia esa vertiente murmurante donde

me deslizaba entre la hierba del platero, las lianas y la crujiente hojarasca.

Por las noches gozábamos con los paseos por el jardín, el canto afinado de mi padre, su huasca y el sombrero alón. Recuerdo los trajes de mi madre, su piel suave y olorosa a Nuit de Noel, sus inmensas amapolas y su sedoso chalón. Caminar hasta la playa bajo el amparo de los altos eucaliptos, estirarse alumbrada por la luna, arroparse dentro de la manta de castilla de mi padre y sentir la dicha de cobijarse en sus brazos, constituye el mayor tesoro de mi infancia.

Cierro este contar de matapiojos, de picaflores y de agujas de pino con la higuera que ennobleció nuestra niñez, el tierno árbol lechoso que extendía sus ramas hasta nuestra ventana, que nos deleitó con su sabia miel y que murió el día que dejamos de ser niños.

Felizmente no fuimos los únicos niños, tuvimos de amigas a las hijas del administrador: Zelma y Elena Navarro Vilches, que nos dieron un trato sencillo y directo.

* * *

Por aquellos días mis padres pensaron viajar a Francia, lo que en mi vida afectiva resultó un desastre, pues disfrutábamos por mama a la Mariquita Ortega, semimulata, puro corazón, bondadosa e inteligente, enjuagada en almidón, a quien yo adoraba. Tan apegada a ella me sentía, que la creía mi madre, pues jamás me retaba y me consentía cuanto se me antojaba. Después de comida, sentada en su falda, recibía pequeñas cucharaditas de café que me sabían a cielo. Se juntaban en la cocina los empleados y todos me querían. Allí se conversaba de cuanto acontecía en la hacienda. Por eso me mantenía enterada de los pormenores.

Mis padres decidieron llevar consigo a los niños vigilados por una coqueta inglesa con toca azul marino y velo, cuello y puños blancos. Miss Greene se dedicó a loquear toda la travesía.

En París matricularon a mi hermana y a mí en Sainte Géneviéve de Neuilly, donde resolví una trampa de juego al luche a puñetes con una coloradota gabacha y me convertí en la "petite indienne", cosa que me encantó, pues me temían. A fin de año me coronaron con laureles.

En Poursuigues le quebré la pierna a mi pri-

ma y por fin regresamos "a la patrie" con una "bonne" francesa muy angustiada.

Por supuesto mi padre se trajo (1924) un Fiat-vitrina supermoderno (30 km. por hora) que se convirtió en la curiosidad de Viña del Mar.

Carrocería interior tapizada en felpa de lana gris, floreros, tintero y frascos con evaporizador de baccarat. Asientos plegables donde yo tenía mi lugar. Teléfono para comunicarse con el chofer lo que constituyó nuestra entretención. La bocina en lugar visible era una pera de goma con trompeta afuera sobre la puerta del chofer.

Avelino transformado en jinete con polainas de cuero y uniforme oscuro con gorra y mucha corrección en el vestir, causaba envidia y expectación en los demás empleados.

Antes tuvimos un Renault amarillo y negro, divertido, que todos manejábamos y que después pasó en las exposiciones automovilísticas.

Nos mandaron al kinder de la "Señorita Carmela", quien nos enseñó a ser tronco, ramas, hojas y nada más.

Para escuchar las voces de la noche aguardaba el paso del tren con su pito agudo y las si-

renas de los barcos que ululaban; entonces, tranquila, me dormía.

Esa fue mi trayectoria hasta entrar, a los nueve años, a las Monjas Francesas donde me llenaron de golpe y porrazo de "pecados, culpas y posibles perversiones" y contaminados por la malicia funcionan los escrúpulos y comienzan a introducirte la idea que el cuerpo actúa como tu enemigo maldito, como parte ajena a tu integridad. Junto al shock religioso, convertida en santa, vestida de cura, rezando misas, armando altares con velas y flores, me desempeñé como alumna mediocre, pero conquisté una inmensidad de amigas y un entusiasmo delirante por las representaciones, bailes y piezas de piano, cuya troupe se formó con María Searle Jouanne, Olga y Marta Jouanne Bustos, María Cristina Vigil Simpson y las hermanas Hamel Nieto.

Mi madre tuvo la feliz idea de matricularme en el ballet de Doreen Young, alumna de Isadora Duncan, que me dejó un cuerpo elástico y un marcado gusto por la danza. Eso duró hasta el revés consiguiente: ¡Acabarás en las tablas, de bataclana!

Escribía a escondidas cuando todos dormían,

pues me trajinaban hurgueteando mis anhelos con el fin de burlarse de mí.

Vivíamos reprimidas. Jamás nos vestimos distintas ni usamos sombreros que no fueran idénticos, como un castigo eterno.

Aunque chicoca, confieso que esta insuficiencia me acomplejó en mi juventud, pero fue superada con creces por el éxito que tuve con los hombres altos.

Felizmente me encantaban "las tareas de estilo" donde funcionaba la imaginación. Todavía conservo algunas páginas del "Diario de Vida".

Recuerdo la crisis del 31. Las infinitas filas de harapientos cesantes que aguardaban por horas para entrar a la casa donde se les repartía una ración de porotos guisados con chicharrones en un enorme fondo. En medio de estos menesterosos, todos obreros sin trabajo, no recuerdo ninguna mujer. A mi padre se le ocurrió llevarlos a Paso Hondo y proporcionarles la oportunidad de ganarse la vida. Allí vi como funcionaban los lavaderos de oro, otros sólo extraían oropel, que el principiante confunde con oro.

Como suceso extraordinario conservo anotado en un cuaderno: la sublevación de la Armada.

Habían llamado a todos los reservistas a los Coraceros. Tanto mi padre como mi hermano acudieron con uniforme. Mi hermana y yo, par de pájaras despistadas, acompañamos a mi mamá a Quintero a mirar la sumisión de la Armada. Idéntico a una fiesta se acarreó un fabuloso festín. La tripulación del "Latorre", anclado en la bahía, no pensaba en rendirse por lo cual los soldados mimetizados entre las rocas, agazapados apuntaban sus fusiles. Nosotras, ajenas a un espectáculo que ni siquiera entendíamos, nos paseábamos entre estos soldados que nos echaban furiosos, pero como si tal cosa, saltábamos, encajadas en unos gorros rojos de lo más llamativas. (Toda la rendición del "Latorre", la entrega de los marinos sublevados, la entrada de los prisioneros de guerra a un inmenso hangar descubierto, con las manos atadas a la espalda, lo presenciamos aterradas).

* * *

Fue un excelente aprendizaje entrar al ropero San Antonio del padre Escudero, español fogoso cuya llegada a la parroquia de Viña del Mar causó estupor. Tomó a su cargo Santa Inés, pobla-

ción obrera formada por casas de tablas miserables. Se parecía a José Mojica y comentaba las penurias que acosaban a los obreros. En las misas de doce y doce y media el padre Escudero las emprendía contra el Casino de Viña vociferando de los millones que derrochaba la gente jugando y dilapidando en fiestas, en circunstancias que la mayoría de los niños andaban descalzos, hambreados, y no edificaban escuelas adecuadas y mucho menos casas.

Me pedía visitar la población y comprobar donde escaseaba el pan. Yo trabajé en Forestal Alto, del almacén "La Lora" hacia arriba, encaramándome en unas escalas inmensas y esa sí se podía llamar una población obrera sufrida. Allí debíamos ejercitarnos en curarles a los chiquillos las llagas de sarna que les comían el cuero cabelludo, las manos y las piernas. También les repartíamos cereales.

Nunca antes escuché a un orador referirse con tanto respeto a los trabajadores como al padre Escudero. Parecía un proletario, un magnífico cura, justo el tipo necesario para concientizarse. Sin lugar a dudas, después me tocó conocer varias poblaciones en Santiago: Pino Alto, Pino Bajo,

Carrascal, Colo Colo, esas quedaban marginadas al lado del Mapocho con la gente viviendo en verdaderas cuevas y ganaban el pan juntando basura, papeles, cartones, vidrios, huesos, botellas, trapos, por ahí en mis libros escribí algo de esto.

* * *

Naturalmente, jamás se me permitió salir a la calle sin la gringa Miss Rose Mac Quaide, irlandesa adorable, que nos abandonó poco antes de casarnos.

Apenas comenzamos a frecuentar muchachos mi madre anunció que nos pondría internas, cosa monstruosa, así que con mi hermana determinamos una huelga de hambre, huelga que gracias a la complicidad de Irene Abarca, ganamos. La única alternativa de huida se producía con el matrimonio, otra solución incierta.

La santa ira me acometía por cortocircuito. Aborrezco la hipocresía y la mentira.

A los quince años, atemorizada, insegura de lograr semejante hazaña, me permití ir sola a Valparaíso.

El engranaje se repite y trota a través de

los amigos, amores y acontecimientos. Me casé en 1940 enamorada de un caballero, Jorge del Campo Rivera, arquitecto-aviador.

La maternidad me produjo extraordinarias alegrías. Soy madre de dos hijos, Jorge y Andrés, que me han llenado la vida de ternura, de satisfacciones y compañía. Estoy en paz, contenta y agradecida con lo que Dios me ha brindado.

* * *

En 1946 me fui a Nueva York, donde tomé clases de Windows Displays en el New York School.

Las clases eran deficientes, salvo las de iluminación, mas sus alumnos transmitían su saber.

Otrora las vitrinas de la Quinta Avenida lucían despampanantes, plenas de fantasía y de elementos novedosos. La mayoría de los artistas venían de Europa huyendo de la guerra. Estos artistas enriquecieron sin duda el arte contemporáneo con innovaciones. La vitrina reflejaba la novedad del acontecer, representando un rol social además del de la mercadería.

El Museo de Arte Moderno de la calle 52

abría sus puertas todos los días, excepto los lunes, para que esta criatura recorriera las salas, asistiera a sus exposiciones, a las películas documentales y visitara las salas de los socios, gente acogedora, ¡fascinante! Sus visitas me dejaron patidifusa. Nunca había contemplado un cuadro auténtico de fama universal, sólo reproducciones. Allá me tropecé con Rousseau "Le charment du serpente", "Guernica" poderosa; Dalí en su sueño metafísico; Braque, frío, intelectual, tan equilibrado, talentudo con sus naranjas y caobas; Van Gogh con su fuerza cromática. Ver al primer Matta, con su ángel alado, esa especie de ovni mágico vibrando en su atmósfera evanescente, me produjo soberbia. Refocilarse junto a los cuadros, ir descubriendo el parentesco pictórico de Gauguin que reaparece en Matisse tras cada tijeretazo de collage, y los móviles de Calder. También encontré ese azul cimbreante, armonioso, de Manet, en los cuadros de Picasso. Enfrentarse a Picasso es exponerse a que algo íntimo estalle dentro de uno, una emoción que realmente conmueve, violenta, arrasante y hermosa.

Regodearse junto a los cuadros del Museo de Arte Moderno con sus vibraciones, sus gamas, su

ambiente, con su belleza, cuando en Chile recién florece esa posibilidad. Caer en una sociedad que abarque el arte y te faculte desde que naces a reconocer un Klee, un Picasso y mamar esa cultura es ventaja ¿verdad?

Mis conocimientos de los impresionistas me ayudaron notablemente a apreciar la exposición que la Cruz Roja Internacional organizó sobre Gauguin en Washington, con esos cuadros colosales, y allí comprendí el impacto de los colores de las islas Marquesas, Tahití, Atuana, Samoa... sus rostros primitivos y esas flores gigantonas, fue contemplar algo distinto: un nuevo continente.

Otro notable acontecimiento que en Nueva York me deslumbró fue la recepción a Gabriela Mistral, a quien le habían otorgado el Premio Nobel de Literatura y llegaba por esos días a celebrar ese premio. Estaba convidada, igual que toda la colectividad chilena, al Waldorf Astoria. Fue recibida en aclamación de público y presentada por el embajador de Chile. De pronto me quedé sola con ella. Ante esa mujer enormemente alta, grande, imponente, asustada de su estatura y del fulgor que despertaba, permanecí muda. Ella, sonriendo, me dijo: ¡Qué bueno que nos-

otros los chilenos seamos andariegos! En todas partes nos hallamos, nos gusta caminar . . . , quedé pasmada y fue igual como si la cordillera de los Andes se acercara a mi frágil contextura. Espléndido presenciar a los chilenos tan orgullosos de su poetisa, poetisa del norte, abandonada, casi desconocida.

Esa misma impresión me la produjo Victoria Ocampo. Se me acercó y estuvo la mayor parte de esa velada en la SADE de Buenos Aires conversando conmigo.

—¿Pero qué conversabas tanto con Victoria Ocampo?, me preguntó Margarita.

—De ti, le contesté.

* * *

En aquel tiempo trabajaba en la Ville de Nice, (1946 a 1947), de decoradora de vitrinas y amaba mi profesión, pues me divertía y me sobraba inventiva. Llegó una tarde a visitarme Roberto Matta. Creo que Matta produjo un ansia, un remezón necesario e impactante. Fernando Undurraga quiso realizar en su librería "Dédalo", de la calle Miraflores, una exposición de los

mandrágoras, medio surrealista, con Matta de director de orquesta. Por supuesto nos entretuvimos de lo lindo, porque nació sumamente ingenioso.

Los surrealistas eran poetas más que pintores: Enrique Gómez Correa, Braulio Arenas, Teófilo Cid, Eduardo Anguita. Les bailaba el entusiasmo con esto y cada uno aportó un "original", un cadavre esquisse" de Breton o de Desnos, de Benjamín Peret. Representaban a los pintores: Magritte, Matta, Picabia, Jacques Herold, Man Ray, Salvador Dalí, Jorge Cáceres, Braulio Arenas. Esta exposición consistía en piececitas minúsculas y en un corredor negro y dentro una hilera de sillas doradas. Entretanto, la voz de Paul Eluard leía un poema. En la primera dorada un plato con un "lomo a lo pobre", la segunda dorada vacía, la tercera también y en la cuarta sentada una figura muda, desvestida, con un pañuelo negro en los ojos. Además aporté un maniquí de mimbre, descabezado, por lo tanto le coloqué una pecera por testa y lo llené de plumas de avestruz, tirabuzones, crin de virutas de bronce, colas de zorros, pompones y luces intermitentes.

Copiamos un trozo de un Manifiesto Surrealista en el cuerpo aerodinámico de este maniquí

supermoderno que llevaba la mitad pintado de azul y el otro lado blanco. De manera que en el costado azul quedaban letras blancas y viceversa. De la cabeza brotaba una mata enroscada, llena de contorsiones, de semillas de agave envuelta en largo parásito. En ese momento no llegaba a Chile ninguna fibra nylon y fue entonces cuando comencé a sacar "Angel Hair". Llamó bastante la atención. La exposición se convirtió en una fiesta exitosa y fue visitada por más gente de la esperada.

* * *

María Flora Yáñez, escritora fina e instruida, llegó a intimar conmigo e incluso me consideró en su Antología del Cuento Chileno Moderno (1958). Por su intermedio conocí a Luis Durand, que escondía una enorme simpatía, le cundía la ternura y se adivinaba su anhelo de saberse considerado, que la gente lo amara y lo estimara. Contaba con innumerables amigos y enemigos. No obstante las desavenencias, se reunían todas las mañanas en la calle Ahumada, en la Editorial Nascimento. En esa editorial me presentó a Ma-

riano Latorre, Juan Uribe, Fernando Santiván, a Manuel Rojas y allí, me parece, conocí a ese hombre verdaderamente excepcional, José Santos González Vera. Se juntaban a mediodía a comentar los acontecimientos del mundo literario.

Luis Durand trató de ayudarme, le envió mi cuento "Negro" a Milton Rossel, de la Universidad de Concepción, quien lo publicó en la revista "Atenea". Con Nascimento acordó imprimir una separata y sacar el librito. Ese "Negro" fue una inyección de floripondio que me llenó de regocijo, agradecimiento y estímulo. Contaba con escasas páginas, pero me regaló cien ejemplares que providencialmente me cayeron del cielo, porque yo jamás pretendí ser impresa, ¿qué? escribía por entretenimiento.

Curiosamente la calle Ahumada ha sido escenario de algunos cambios en la vida intelectual, política y cultural, pues además de Nascimento se inauguraba la Editorial del Pacífico y se ampliaba la Democracia Cristiana. Allí acompañaba a los cerebros un español, Darío Carmona, acelerado, amistoso, persuasivo, con su labia incesante, como la mayoría de los refugiados de la Guerra Civil Española. A las doce del día, se reunía el

enjambre inquieto a "copuchar". Uno se reunía con Miguel Serrano, Jaime Castillo, William Thayer, Eduardo Frei, José Ricardo Morales, etc. En el subsuelo funcionaba una sala de exposiciones de pintura y grabaciones dirigida por Rebeca Yáñez.

Craneábamos hallazgos casuales, caviar negro, turbulencias "otras veces otros ámbitos", distintos caminos, tranquilamente planeábamos el destino, ampliábamos la visión, el oído, la pupila, los tentáculos, presentíamos cambios, innovación, que nos enloquecía la autonomía, el ego anónimo. Decíamos: entremos en los compartimentos, ninguna confusión revuelta, no se permitía mescolanza, ningún majadero perturbará mi mañana. Cada uno sabía su camino.

* * *

Yo había escrito "El Contramaestre", un librito de tres cuentos, sumamente influenciado por la extraordinaria perspectiva que ofrece Valparaíso y como porteña me fascinaba su arquitectura, principalmente esa arquitectura de laberinto y ventanas, poesía, mar, cáscaras de sandías, ascen-

sores que besan el cielo y descienden al puerto, con sus niños sucios, alegres, encumbrando volantines, provocando una especie de baile. Cada mirar penetra la vida humana y pululan los balcones y el ancho Pacífico constante, la limpidez de la atmósfera, el mar se mete por todos los intersticios, callejones, puertas, higueras, ropa tendida, colores, maceteros con geranios o ruda, tomatillo, la greda roja, las casas torcidas donde las esquinas se convierten en triángulos, caballos mudanceros: Valparaíso semeja un festín.

Benjamín Subercaseaux y Mario Espinoza me alentaron a publicarlo. Benjamín Subercaseaux, inteligente, buenmozo, gozaba de un sentido del humor increíble, además de ser un gran señor, simulaba serlo. Sentía respeto por él y lo conservo. Recuerdo que me regaló las Obras Completas de Teresa de Jesús.

Descubrí Valparaíso una noche y comencé a trasnochar, a frecuentar bares y cabarets porteños. Una de las primeras visitas la realicé con Sibila Señoret, Sergio Matta y mi hermana Carmen. Sergio decretó que debíamos escotarnos, colgarnos collares de abalorios, pintarnos y quedar en una facha ambigua. Partimos al puerto a visitar "Los

Siete Espejos Grandes", en la calle Clave, era un salón rodeado de espejos donde las niñas del ambiente esperaban su clientela. En esa ocasión una muchacha jovencita me llevó a conocer su guagua que criaba. Después estuvimos bailando. Por supuesto dimos el espectáculo de un tango a lo apache. Llamamos bastante la atención, tan ridículas, tan pintadas, con tanto colgajo. Sergio, de apache con pañuelo al cuello y boina, era el más admirado, sin duda no pertenecíamos al ambiente gris, pobre y sencillo como correspondía a un barrio popular auténtico.

* * *

Soy amiga de Margarita Aguirre. Debo reconocer que Margarita me ayudó en mi vida de principiante.

Luis Durand me invitó al Crillón con motivo de una comida que ofrecía el Instituto Chileno Chino en homenaje a Neruda en la primavera de 1952. Yo no conocía a Neruda a pesar que me hicieron muchas proposiciones de visitarlo en París. Neruda no me fascinó, ni me produjo mayor impresión. La comida transcurrió como todas las co-

midas. Después de ella, Margarita Aguirre me propone que invite a Rubén Azócar, a Neruda y a la Hormiguita a mi casa.

Estuvimos en el living conversando y lo encontré un hombre interesante. Sobre la mesa del living tenía yo una cajita de opalina celeste y de repente la tomó y le repasaba las esquinas y dijo:

—Esta caja es mía . . . , —a mí me extrañó que lo dijera en forma tan abrupta. Nada dije. "Sí, porque se las roban y después las andan vendiendo en los anticuarios". Agregué:— Bueno, las opalinas me gustan mucho, especialmente esta celeste turquesa.

Rubén desplegó sus extraordinarias dotes histriónicas, se levantó el cuello de la camisa, se anudó la corbata como un bebé, levantó el ala del sombrero y comenzó el tragicómico relato de la Serpiente Cascabel. Me pareció asombrosa su memoria y su gracia.

A los pocos días se realizaba una reunión en la SECH o en el Congreso Latinoamericano y Margarita me pasó un paquetito y me agregó: —¡Ah . . . le caíste en gracia a Neruda . . . ! algo de esa naturaleza, murmuró y me entregó un envoltorio. Apenas lo abrí hallé una maravilla: una

mariposa tornasolada, de azul celeste brillante con magia y seducción. La conservé hasta que los niños destruyeron la jaula y . . . murió la mariposa. A los escasos días me regaló otra cajita de opalina y esa sí presentaba las esquinas saltadas. Así, sin sentirlo, surgió simpatía y camaradería.

Lo acompañaba por lo general en las mañanas. Ibamos a las librerías de viejo, a Lüer y Paye y a la calle San Diego, comprábamos libros, recorríamos los anticuarios, escogíamos papeles de colores, calidades de impresos, combinaciones y germinó la amistad.

Nos deteníamos delante de una vitrina y decíamos: —A ver, ¿a ti, qué te gusta? y era cómico, los dos al mismo tiempo señalábamos idéntico objeto.

Podría pasar horas hablando de este amigo a quien tanto quise. Neruda maduraba genialidad, difícilmente la gente que estaba a su alrededor se frustraba, porque siempre se ponía en el lugar de los demás.

Amaba rodearse de personas creadoras que permanentemente se entretuvieran como en un escenario. Nos comprendíamos sin hablar, apenas me veía se colocaba a mi lado y nos daba felicidad. El,

travieso, cerraba los ojos y reía por el rabillo del ojo. Cuando otro adivinaba nuestra complicidad se hacía el leso. Todo lo arreglaba con la poesía. Poseía una inteligencia avasalladora, rica, plena de imaginación, hechicera, una palabra empujaba a la otra, el conjunto de dos palabras producía tal dramatismo, el efecto, la musicalidad, el sentido, la doble atmósfera, el preciso toque obligaba a olvidarse de todo.

Neruda jamás empleaba rudeza, de costumbre pedía sin nerviosismo, imponiéndose como si lo que tú ibas a realizar por él le fuera a reportar una dicha extraordinaria, uno se complacía de ese sentimiento de niño regalón. El envoltorio plateado del bombón relucía, presentado tan delicioso, parecía irresistible.

Su poder de creación, la belleza y la penetración de su poesía eran tan estupendas que rebasaban toda expectativa. Si gozaba de talento poético, tanto o más era dotado de habilidad para guiar a la gente. Conmigo nunca mantuvo una conversación seria política y en dos ocasiones que pretendí hablarle se me resbaló como ulte.

A instancias de sus deseos me pedía relatarle las fiestas campestres realizadas por mi padre en

Reñaca. Entre ellas celebraba un rodeo efectuado al pie del Torquemada, en los "Corrales Viejos" con espléndida vista sobre la bahía, donde se instalaron doce pianos en la cresta de los cerros, traídos en carreta al paso de los bueyes, así como los toneles de vino. Subían a lomo de mula las bebidas, las sillas, trasladaban los piños de corderos, los caballos y los novillos, quesos, chicha, ají, arrollados, malayas, cabezas de chanchos, pavos y gallinas. Más de una semana demoraba todo este transporte con suma alegría y jolgorio.

Colaboré en la revista "Ultramar" y en "La Gaceta de Chile".

El Congreso Latinoamericano de Escritores nos renovó el oxígeno. Conocí a Diego Rivera dibujando su autorretrato de sapo, a Jorge Amado, Nicolás Guillén y Augusto Roa Bastos.

Años después, en enero de 1962, el Rector de la Universidad de Concepción, señor David Stitchkin, encargó al poeta Gonzalo Rojas organizar la VII Escuela Internacional de Concepción. Invitaron a escritores, científicos y humanistas latinoame-

ricanos. Tuve la suerte de acompañar a Matilde Urrutia, y a Neruda y así conocí a Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, José María Arguedas, Mario Benedetti y tantos. Los más interesantes escritores y científicos chilenos asistieron, como Jorge Millas, Luis Oyarzún, Amanda Labarca, Miguel Serrano, Braulio Arenas y otros de destacada calidad. En este Primer Encuentro de Escritores Americanos expusieron con clara e inteligente oratoria su pensamiento.

Quiero recordar las palabras que pronunciara Luis Oyarzún por estimarlas valiosas e inolvidables.

"Tenemos que reactualizar nuestro régimen de libertad, para que esta sea libertad real y libertad de todos y no simplemente libertad jurídica. Pero esto no significa que tengamos que abjurar de nuestra tradición de democracia política, de país que ha sido, en efecto, un asilo contra la opresión de nuestra América. Debemos ser audaces y hasta utilizar nuestro humor escéptico, fruto del aislamiento y la pobreza, como correctivo de los dogmatismos que nos amenazan" (1962).

Nuevamente volví a juntarme con los Neruda en París, cuando le iban a conceder el Premio

Nobel a Pablo Neruda. Me entusiasmaban que me quedara, pero yo debía regresar.

Esa amistad que pareciese tan superficial, la compartimos hasta la muerte, y estoy orgullosa que así haya sido, porque me entregó su última sonrisa en esa inefable tranquilidad que se da en el hombre justo que ha cumplido su plazo de "residencia en la tierra".

Después de esto fue que escribí las siguientes palabras:

"La Noche en que Murió Pablo Neruda"

"Es la hora de los aromos cuando el campo se enjuaga de fragancia y de amarillo. Sabemos, los que te amamos alguna vez, Neruda, que para nosotros no hay fiesta, ni vino en la mesa, ni cumpleaños sin tu compañía. Quería que me sonrieras. Estábamos tan espantosamente tristes. Ese jueves por la tarde junto a Nemesio te recordé una anécdota secreta, para que me regalaras tu última sonrisa . . . me urgía ese rayo de luz en el hueco del ojo; algo recóndito, muy lejano y conocido me hablaba del valor, de la paciencia del heroico personaje

que se desarrollaría en aquellos de una misma estirpe. Atesorar grandeza de los que uno ama con sus actos sencillos constituye para mí un patrimonio. Tú me regalaste muchos tesoros. Fuiste el magnánimo, el que despilfarró su Genio Poético a la Rosa de los Vientos, el descubridor de un continente, espina dorsal de los Andes, el amigo fiel, el camarada sin dobleces.

Respirabas con dificultad, sin embargo tranquilo. Tú resbalabas de la vida, lo sentía. ¡Ay! amigo poeta. La noche estaba cruzada de balas, el río Mapocho esparcía su rumor de piedras y la luna, ajena nos miraba. Yo venía de dejar solo a mi compañero, porque un pálpito premonitorio me arrancó de su lado para acompañarte la noche última del Alto Vuelo.

Eras inmenso como el mar cuando el aliento de las olas es pausado . . . pausado . . . Yo miraba el reloj marinero. ¿Qué navíos acompañó en sus peregrinajes oceánicos que ahora te acompañan mi-

nuto a segundo en tu palpitar postrero?

De pronto se aquietó la ola y sobrevino un tajante silencio. Matilde se acercó a tu lado, lo mismo Laurita. Yo miré el reloj que prorrumpió en un solemne batir de campanas. Eran las diez de la noche. Tu admirable compañera modeló tu rostro con sus hermosas manos que tú tanto amaste y entre las tres mujeres que allí estábamos te amortajamos como si fueras a un encuentro del pueblo tan amado. Llevabas una camisa a rayas negras y rojas... Así te tendimos en un sarcófago castaño claro.

El toque de queda impedía toda compañía, y solas, las mujeres, flacas, menudas y desoladas, aguardamos sobrecogidas en una minúscula banqueta la tremenda noche sin aurora.

La misma bandera chilena que flameó... en los triunfos nacionales, en los desfiles adheridos a los principios de la Patria... cubrió tu cuerpo, que vivió para sembrar estrellas y distinguir la luz del nuevo día".

* * *

Tuve un amigo que era una catarata de ideas, experiencias, buen gusto, se llamaba Alejo Carpentier, sumamente tímido, interesantísimo. Sólo hablaba en la intimidad. Sus cartas las conservo como un aguamarina. Curioso que a los músicos los sienta los seres más próximos a mi sensibilidad.

* * *

Gonzalo Drago, novelista de tomo y lomo, amigo inigualable, será mi confidente literario. A él mis agradecimientos por creer que soy una escritora.

* * *

Realicé varios viajes a Europa, principalmente a Francia, donde gozaba de la compañía de la escultora Marta Colvin, que además de elevarse en el ámbito del arte y la forma, supo mudar su existencia en un manantial de lealtad, afecto y hermosura.

* * *

Estando en París en 1949 resolví matricularme en la Sorbona, en los Cursos de Literatura Francesa.

Lo deslumbrante de esos cursos era la oratoria que empleaban los profesores. A un comienzo pensé que era atributo de Monsieur Castex, mas después comprendí, que es un bien común lucir la inteligencia con brillo, pues los dos profesores se expresaban con asombrosa lucidez.

Recuerdo especialmente una clase dedicada a Roger Martin du Gard, que a todos los extranjeros asistentes nos insufló audacia, valentía, amor a la justicia y a la libertad. Nos sentimos capaces de convertirnos en héroes y perdimos el Miedo a Crecer.

* * *

Una misteriosa predilección me despertó el bohemio poeta Daniel de la Vega, primo hermano de mi madre. En su amistad me impresionó la sutileza, el ingenio y el encanto que emanaba. Su trato se me antojaba algo muy prendido a mi piel, recuerdo de plantas de invernadero, flores de perfume intenso, demodé, como sultanas, anémonas japónicas, buguardias, dafne, filtro de piedras.

Nuestro paseo predilecto consistía en que me columpiara suavemente entre los alcornoques y quillayes del Parque Japonés.

Creo que siempre lo miré con curiosidad y quise conocer sus intimidades, pero me quedé en la orilla pensando que mi proximidad le recordaba su infancia en Quilpué.

* * *

Un día me presentaron a Ricardo Latcham Alfaro con quien conversábamos sin cesar, a mí me interesaba conocer la vida de don Ricardo. Me contaba cómo su padre se iba con Max Uhle al desierto por meses, viviendo en carpas, ejecutando investigaciones científicas de antropología y de arqueología. Me regaló Ricardo un libro escrito por su padre. Conservo el libro "Mon coeur. Mis á nu", de Baudelaire, Colection des Dames, en cuero, pequeño, lindo, que me obsequió como un talismán.

Amigo realmente excepcional, porque también conservaba rasgos de niño; le gustaba reírse con Armando Cassígoli y conmigo. Ese hombre tierno se consideraba solitario. Tuvo —según él—

una madre severa y rígida que apenas le prodigaba cariño. Tampoco disfrutó de descendencia. Eso lo indujo a llevar una vida triste. En el Pedagógico se realizaba feliz, ahí convivía con todos los alumnos y sus clases amenas mantenían a los muchachos en suspenso. Caramba que conocía literatura hispanoamericana. El me descubrió, "Le partage des eaux" (la traducción de "Los pasos perdidos", de Alejo Carpentier), que acababa de editarse. —"Lee este libro, te va a fascinar", —me sugirió— y lo comprobé.

Nadie sino él me abrió las puertas de la literatura latinoamericana; mantenía contacto de escritor a escritor con Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas y Enrique Amorim, entre otros. Recuerdo cuantos esfuerzos aunó por que se le reconocieran los méritos a María Luisa Bombal, fue un admirador declarado de su poesía onírica y su prosa poética.

Se entusiasmó con mis cuentos y le gustó "Raquel Devastada". Eligió "El forastero de sí mismo" para incluirlo en la Antología del Cuento Latinoamericano (Zig-Zag, 1958), y me indujo a seguir escribiendo, a no desmayar. Sabiéndome tímida e insegura, me protegía sobremanera.

—No malgaste su tiempo, eso, nada más, me aconsejaba.

Durante la presidencia de Ricardo Latcham, la Sociedad de Escritores gozó de una época de esplendor (1957-1958). Como Latcham era activo y adoraba a la juventud, aceptó esta presidencia con pasión. Organizó con su directorio numerosos recitales, encuentros, actividades culturales en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y en provincias. También se llevaron a efecto las Jornadas de Poesía Chilena, se creó una Revista Literaria de la Sech que dirigió Armando Cassígoli y realmente ese período fue el inicio de una generación que se formó bajo su amparo invariablemente estimulando a los jóvenes, orientando e instruyendo a los ansiosos devoradores de libros y fortaleciendo con su erudición y su crítica a los inseguros.

* * *

Escribo sobre un cuaderno en cama con cualquier ruido, aunque los niños salten arriba del colchón. Lo único insoportable y perturbador es el maullar de los felinos.

Los cuentos los invento de principio a fin. A menudo comienzo por el desenlace, luego lo escribo.

Después de "Negro" (1951), escribí "El Contramaestre" (1951) y "Raquel Devastada" (1959). Quizás mi intento de expresión hacia el realismo fue buscado en "Gente Sencilla" (Colección Mazorca, creada por Armando Menedín). Me apasionaba el cine y traté de realizar un cuento hecho con el argumento de "Un Domingo en Cartagena". Los niños sosteniendo el hilo poético; la tía la sensatez; el romanticismo, doña Eufemia con sus hijas y, naturalmente, la realidad, los hombres.

En "La Noche del Rebelde" (1967), novela, quise dejar testimonio de la pureza que animaba a todos los muchachos de aquellos años con sus anhelos y esfuerzos.

Neruda me había contado que cuando andaba perseguido se refugió en Valparaíso en casa de un marino que vivía con su madre y su hermana. Ella estaba de novia y naturalmente recibía las visitas diariamente de su prometido, aquello obligaba a extremar sus precauciones. Todos los días encerrado mirando desde una ventana los

zapatos que vendían en un negocio, lo tenían aburrido y encima por ningún motivo debía llamar la atención, no moverse ni hacer ruido. Pablo sentía miedo de quedarse dormido, roncar y descubrirse.

Ese personaje fue el que empleé en la novela "La Noche del Rebelde", que obtuvo el segundo premio Gabriela Mistral.

La recopilación de apuntes sobre viajes al sur produjo "Verano Austral" (1979). La crítica le concedió un recibimiento espléndido.

"Las Causas Ocultas" (1980), tuvieron una mejor acogida de lo esperado. No es suficiente acumular ideas sobre lo que se va a escribir, es necesario atesorar la voluntad de ejecutarlo, sacrificar horas, días, noches, para llevarlo a cabo.

Constantemente me hallo en la disyuntiva del "elegir" y yo soy tan tentada por lo "fácil", me obligo a sobreponerme al "deber" de realizarme. Dios me pedirá cuentas de lo desperdiciado, de aquello dejado en el camino inconcluso. A veces, ansiosa de energías, debo remozar el ánimo, pues el alimento para una mujer con pretensiones literarias es pobrísimo, quien sabe si por eso se dedican a la poesía, más independiente, palabras her-

mosas con sonido musical donde a menudo su contenido cala hondo.

* * *

Todos los escritores acudíamos a mediodía al café Sao Paulo (a mediados del 55), de la calle Huérfanos, a programar nuestros libros, encuentros, conocimientos. Existía una fusión sincera entre las ramas del arte, eso nos proporcionaba fuerza y alegría como si fuéramos hermanos. Eramos un grupo unido Armando Cassígoli, Poli Délano, Efraín Barquero, Gonzalo Toro, Ester Matte, Enrique Lihn, Elenita Pessoa, Marta Jara, Kena Sanhueza. Nos animaba la esperanza de vivir en una sociedad que nos considerara, que le concediera importancia a la creación, al hombre empinado en su potencialidad vanguardista; mas, inesperadamente sobrevino el odio y el desastre. Algunos murieron, otros emprendieron el destierro, y lo más doloroso fue sufrir esa pena acumulada que me convirtió en paralítica y en muda.

* * *

En relación con el contorno viví al lado de los ríos. La tierra me es tan importante como el

contacto con la gente, lo requiero como la atmósfera, forma parte de mi educación. Matizo el transcurrir entre los bosques y la urbe. Y nada ha sucedido por casualidad, todo con mucho esfuerzo. El jardín que formamos en Reñaca creció en un espacio vivido en cada una de sus etapas. Siempre sostengo que basta desear algo para conseguirlo. Vecino a nuestro cottage existía un extenso potrero orientado al norte que mi madre apetecía y desplegó todos los dimes y diretes necesarios para adquirirlo. Comenzó a plantar el jardín a su antojo. Trajo el agua de Reñaca Alto por acequia, en la piscina la almacenó, pronto la cancha de tenis, luego los caprichos: la colección completa de rock & garden, con sandillones transportados en burro donde todos colaboramos. Las palmeras, espejos de agua, molduras de ciprés, escalinatas, tinajas, buganvillas, rosas multiflor, araucarias, ceibos, gomeros, jacarandás, ombúes, ciprés italiano, taxus, cedros. Fue preciso pasar por el Jardín Botánico de Río de Janeiro y regresarse feliz con todas las semillas que tuvieron la gentileza de regalarme. Por ventura, con camas calientes y ampolletas, germinaron en ese clima semitibio y húmedo de rocío, de niebla marítima y

aumentó su colección de palmeras y plantas exóticas. Con imperio, empeño, trabajo, rabietas y aguante de los ocho jardineros, logró convertirlo en un Edén.

Los ginkos trotando los milenios se erguían piramidales y dorados, mientras los maples otoñados enrojecían, los laureles y los crespones terminaban su floración. Su pérgola de flor de la pluma blanca de media vara de largo, cubría una cuadra para perfumarnos el ambiente y, encerrando esta emanación aromática, se desarrollaban en un despliegue exagerado las hortensias sin asomarse una hoja. Las petunias, el flox, la resedá, las flores del lazo y el delfinium, con su vigor que inspiraba envidia, repuntaban en superabundancia. El exuberante jardín llevó a mi madre a ambicionar una casa amplia donde todos fuimos muy desgraciados.

Con los años y las frustraciones, mi madre quiso venderla y pensó en aquellos cultos amantes de los bosques que conservarían el parque y el jardín, lejos de los delincuentes ecológicos y aceptó una oferta de un colegio de descendientes ingleses. Craso error. Comenzaron por suspender el riego y dejarlo secarse, contemplamos cómo ago-

nizaban los arbustos, se marchitaban los pastos, se deshidrataban las hojas, morían los árboles y prados, con tanta rapidez como fueron los bulldozers en pasar y arrasar toda la savia fértil para canchas de rugby. Lo único que sobrevive son las cocus plumosas, un ceibo y un ombú. Nada, nada más de esa riqueza vegetal.

* * *

A pesar de mostrar un aspecto frívolo siempre mantuve un quehacer activo con las raíces de mis principios y es así como conozco, bastante más de lo que quisiera, la miseria de los abandonados, algo sé de los huérfanos, de las cárceles, de las madres solteras.

Conservo gratitud por la amistad y en este momento quisiera reconocer a mis antiguos amigos su lealtad, su compañía, sus palabras de aliento, principalmente las de aquellos que en todo momento han estado a mi lado, como Ester Matte, Julio Stuardo, Jaime Carrasco, Matilde Urrutia, Mila Oyarzún, Carmen Abalos, Juana Flores, Stella Díaz y tantos seres que me han ayudado a sobrevivir.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urízar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel

COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO